

Mattia C. Chiriatti  
*Universidad de Alcalá*



## El encomio del protomártir Esteban de Gregorio de Nisa entre hagiografía y βασιλικὸς λόγος\*

### *Introducción*

El encomio que presentamos a continuación constituye la primera traducción en lengua castellana—la segunda en un idioma moderno hasta el momento publicada<sup>1</sup>— del panegírico compuesto por Gregorio de Nisa en honor de Esteban, definido por el texto neotestamentario y por la literatura hagiográfica posterior como protomártir. Ésta es la denominación más frecuente que se halla en la tradición manuscrita: no obstante, en dos de los códices parisinos<sup>1</sup> que transmiten el texto, aparecen otros añadidos tales como πρωτομάρτυς Χριστοῦ καὶ αἰδίδιμος, ἔνδοξος y ἀπόστολος πρωτοδιάκονος (protomártir de Cristo y glorioso, ilustre y apóstol protodiácono), los cuales complementan el omnipresente ἅγιος (santo). Transmitido en numerosas copias, el elogio de Esteban ha sido editado críticamente por O. Lendle en 1990 en dos partes —Ia y Ib— en la colección *Gregorii*

---

\* El presente artículo se enmarca dentro del proyecto “Los βασιλικοὶ λόγοι de Gregorio de Nisa [2019 International Society for the History of Rhetoric fellowship]” y en el marco del contrato de investigación “Juan de la Cierva Incorporación [Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, IJC2018-035176-I], vinculado a los proyectos *Ortodoxia y ortopraxis en las iglesias hispanas tardoantiguas (ss. IV-VI): análisis histórico-prosopográfico* (HAR 2016-74981-P) y “*Augustae. Materializando a una Augusta: Historia, Historiografía e Historiología de las emperatrices Leónidas (457-518)*, Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades (PGC2018-093729-B-I00).

<sup>1</sup> Otto Lendle (ed.), *Gregorius Nyssenus. Encomium in sanctum Stephanum protomartyrem. Griechischer Text mit Apparatus criticus und Übersetzung* (Leiden: Brill, 1968; la traducción se encuentra en las páginas 4-45).

*Nyssenii Opera*, en el número X,<sup>12</sup> donde se recogen, en su mayoría, las homilias hagiográficas del obispo de Nisa.<sup>3</sup> El texto que ahora traducimos, por tanto, es el primero de dos discursos (Ia), en el cual Gregorio teje un panegírico literariamente elegante del santo, reconstruyendo y embelleciendo el relato neotestamentario de *Hcb.*, 6,5 - 8,2.

En lo que se refiere a su estructura, por una parte, la tradición manuscrita define este discurso como un encomio.<sup>4</sup> Menandro de Laodicea, en la introducción a su tratado sobre el discurso imperial (*βασιλικὸς λόγος*), dice claramente: “el discurso imperial es un encomio del emperador”. El encomio cristiano, de hecho, ahonda sus raíces en la tratadística retórica tardoantigua y, en especial, en las normas preceptuadas en el *De epideicticis (Περὶ ἐπιδεικτικῶν)* del rétor de Laodicea.<sup>5</sup> Los Padres Capadocios, de hecho, readaptaron la estructura literaria del *ἐγκώμιον* rechazando los tópicos encomiásticos clásicos (nacimiento, patria, educación, por citar algunos) para realzar las acciones virtuosas (*πράξεις*) del personaje alabado.<sup>6</sup> Basilio de Cesarea resumía así este significativo giro literario: “la codificación de los encomios [*ἐγκωμίων νόμος*] prevé investigar sobre la patria, informarse sobre el parentesco, la formación; nuestro patrón [*ἡμέτερος νόμος*], sin embargo, haciendo caso omiso a los detalles sobre el parentesco, alaba plenamente en base a los méritos propios”.<sup>7</sup> No obstante, si bien los contenidos de los encomios cristianos priorizan pues las virtudes propias de los principios espirituales y morales del cristianismo, su estructura retórica, tal y como detallamos a continuación, sigue anclada en la esquematización típica del *βασιλικὸς λόγος*, cuyos preceptos, fórmulas y recomendaciones, pese a que fueran rechazados por los predicadores, aparecen, como en la traducción que presentamos, claramente desglosados:

- Προοίμιον, αὔξησις (75, 4 - 76, 18): celebración de la fiesta de Esteban, ocasión del discurso.<sup>8</sup> Amplificación retórica de la figura del santo imitador de Cristo (ὁ μιμητής) mediante un uso magnífico de paralelismos con el Señor (ὁ δεσπότης): Cristo viste la naturaleza humana (ἐνδυόμενος) mientras que Esteban se despoja de ella (ἀποδύομενος);

<sup>2</sup> Otto Lendle (ed.), GNO 10/1: *Gregorii Nysseni sermones*, II, (Leiden-New York-København-Köln: Brill: 1990), pp. 75-94. De ahora en adelante la abreviatura utilizada para mencionar los pasajes relativos al encomio será: Gr. Nyss., *Steph. I*, junto con el pasaje citado.

<sup>3</sup> Éstas, hoy en día, no han todavía recibido la atención que merecen debido a su gran contenido de material histórico, literario e, incluso, artístico.

<sup>4</sup> Gr. Nyss., *Steph. I*, 75: ἐγκώμιον εἰς τὸν ἅγιον πρωτομάρτυρα Στέφανον.

<sup>5</sup> Men. Rh., *Περὶ ἐπιδεικτικῶν*, 368, 1: Ὁ βασιλικὸς λόγος ἐγκωμιὸν ἐστὶ βασιλέως, D. A. Russell - N. G. Wilson, *Menander Rhetor*, (Oxford, Clarendon Press: Oxford University Press, 1981), pp. 76-77.

<sup>6</sup> M. Hinterberger, “Byzantine Hagiography and its Literary Genres. Some Critical Observations”, en S. Efthymiadis, *The Ashgate Research Companion to Byzantine Hagiography. Volume II: Genres and Contexts*, (Farnham-Burlington, Ashgate: 2014), p. 37.

<sup>7</sup> Bas., *In Gord. martyr.*, 492C.

<sup>8</sup> Gr. Nyss., *Steph. I*, 75, 4-7. Véase Men. Rh., *Περὶ ἐπιδεικτικῶν*, 424, 4-6: “Si invitas a una autoridad a una fiesta, como es habitual, dirás en el proemio la causa de su llegada y la de la invitación [...] mucho más en la circunstancia presente, al celebrar una fiesta y necesitar un espectador más importante para los actos”.

Jesucristo entra (ὑπερχόμενος) en la caverna de la vida por la humanidad (δι' ἡμᾶς), en cambio Esteban sale de ella (ὑπεξερχόμενος) por él (δι' ἐκεῖνου); Cristo es envuelto en pañales (σπαργανούμενος), Esteban es cubierto por piedras (καταλιθούμενος).

- Ἐγκώμιον (76, 19 - 78, 6): ἔκφρασις del elogiado. Gregorio describe verbalmente su certamen meticulosa y gráficamente (ἀκριβῶς τῷ λόγῳ διαζωγραφεῖσθαι), como si de una pintura se tratara (ἐπὶ πίνακος). La primera parte del encomio de Esteban, una parte diegética, se abre, en su primera parte (77, 8 - 78, 6), pues, con la descripción de *At.*, 2, 2-13, cuando los apóstoles, reunidos en el cenáculo, recibieron al Espíritu y se pusieron a hablar diferentes lenguas mediante la gracia recibida que les daba fuerza para evangelizar (77, 8-19). Virtudes del mártir (τὰ περὶ ψυχῆν): “gran atleta”, “el primero”, “el gran defensor de la fe”.

- Ἐπιτηδεύματα (78, 7 - 79, 7): Esteban, llamado por los apóstoles para servir.

- Πράξεις (79, 8 - 81, 2): diaconato de Esteban (*At.*, 6,5 - 6,9). Lleno de gracia y sabiduría por el Espíritu Santo, empieza, después de su elección (*At.*, 6, 5), su ministerio. El diácono de la verdad (ὁ διάκονος τῆς ἀληθείας), pues, se enfrenta al padre de la mentira, el cual, habiendo asumido un aspecto humano, acecha al héroe: Gregorio, utilizando la referencia escriturística de *At.* 6, 9, habla de las luchas de Esteban, el cual consigue vencer a sus rivales que lo acusan de blasfemias contra Moisés y contra Dios.<sup>9</sup>

- Ἐπιτηδεύματα, τὰ περὶ ψυχῆν (81, 3-19): misión evangélica de Esteban. Parafraseando tres pasajes de *Hechos*, Gregorio traza sumariamente el recorrido ecuménico de los apóstoles, a raíz del asesinato de Esteban por parte de los judíos. El Niseno aprovecha la invectiva como justificación histórica de la difusión, más allá de Jerusalén, del mensaje evangélico, ya que, además de la lapidación del diácono, los judíos persiguieron a los apóstoles y, por esta razón, consiguieron dispersarse por todo el mundo habitado, hasta tal punto que, citando *At.* 8, 14, Samaria recibió la predicación por Felipe y la salvación del eunuco (*At.*, 8, 26), y Pablo visitó a todas las naciones del mundo (81, 14-17: “egipcios, sirios, partos, habitantes de Mesopotamia, [italicos] y gálatas, ilirios, macedonios) “para que ningún lugar quedase inaccesible a la fe de Cristo (*At.* 9, 15)”.

- Πράξεις (81, 20 - 84, 2): condena de Esteban. Gregorio pasa a describir los motivos de imputación que llevan a la muerte del mártir, cargos según los cuales el diácono es procesado por los judíos por sus falsedades. Volviendo a utilizar la metáfora olímpica (75, 13: ἀλλὰ συνδράμωμεν [...] πρὸς τὸ θέατρον; 81, 20: ἀλλ' ἐπανεέλθωμεν πάλιν ἐπὶ τὸ στάδιον), el autor presenta el discurso de Esteban delante de sus verdugos y describe su martirio, utilizando la referencia de *At.*, 6, 8-15. El Padre Capadocio aprovecha la invectiva contra los judíos para demostrar la superioridad del credo ortodoxo y así, por consiguiente,

<sup>9</sup> Esta lucha contra los poderes demoníacos se asemeja a los conflictos sufridos por otro héroe niseno, el Taumaturgo: “Después de que la visión le había llenado de confianza y valor al igual que un atleta que compete en un concurso tras haber adquirido la resistencia de un entrenador, [scil., Gregorio] Taumaturgo marcha hacia el estadio y se prepara para la lucha (Gr. Nyss., v. *Gr. Thaum.*, 19, 20 - 20, 2)”.

condenar el asesinato del mártir: “En verdad, Jesús de Nazaret era el acusado, aunque la sentencia se impuso a Esteban”. De hecho, según Gregorio, las injusticias “no las ha cometido Esteban sino Cristo, y por eso el tribunal debía proceder contra el acusado”.

- Εὐθανασία (84, 3 - 20): siguiendo los preceptos establecidos por el rétor Teón (*Progymn.*, 110, 5-6), el predicador dibuja una preciosa ἔκφρασις de la dormición de Esteban, en la cual, parafraseando el texto de Hechos (*At.*, 7, 60), el autor recurre al tópico clásico del dulce sueño, cristianizándolo (μακάριστος).

- Πράξεις (84, 21 - 86, 15): metáfora paulina del atleta (*1Cor.*, 9, 24-27).

- Τὰ περὶ ψυχῆν, πράξεις (85, 13 - 94, 7): segunda parte del relato de su martirio, según el pasaje neotestamentario de *At.*, 7. El obispo de Nisa vuelve a utilizar de manera recurrente el tópico del atleta que compete en el estadio: ἀλλ’ ἴδωμεν ἐν τοῖς ἐφεξῆς τῶν ἀγώνων (84, 3), imagen que se desarrolla paralelamente a la descripción de juicio de Esteban a lo largo de 84, 3 - 88, 22 y con la cual cierra la sección: “El atleta, sin duda, no será celebrado con alabanzas humanas. Ni, por supuesto, el objetivo de su lucha miraba por la gloria humana, pero, al superar todas las cosas del mundo entero gracias a la magnificencia de su triunfo, compitió con los parámetros de la potencia humana, dejando tras de sí todo tipo de elogio (*Steph. I.*, 88, 17-22)”. La similitud atlética continúa en *Steph. I.*, 88, 23 - 94, 7, pasaje en el cual Gregorio se sirve de la comparación de los sucesos de Esteban para lanzar una invectiva contra sus principales enemigos, los pneumatómacos, los cuales negaban la divinidad del Espíritu Santo: “Pues del mismo modo que, entre los atletas de combate, aquellos que han cesado de luchar entrenan a los jóvenes para las competiciones de atletismo enseñándoles, a través de hábiles maniobras técnicas, a neutralizar los ataques de sus adversarios, así creo que deberíamos ser entrenados por el gran Esteban en la piedad, para que podamos escapar, por medio de su intercesión, de las garras de los adversarios del Espíritu, los pneumatómacos”.

- Ἐπίλογος (94, 8-14), μακαρισμός; προσφώνησις; εὐχή (94, 11-14). En la peroración final (*Steph. I.*, 94, 9-14), como cierre del discurso, de manera cíclica, Gregorio funde conceptualmente la ἔκφρασις del atleta con la del espectador (atleta-estadio / espectador-teatro), según la cual no solo el fiel se convierte en espectador de la competición de Esteban, sino que, cerrando la doxología final, gracias a la intercesión del Espíritu Santo, el auditorio llega a compartir con Él la gracia, para poder así derrotar a los enemigos.

Por otra parte, diversos han sido los intentos, durante las últimas décadas, de asignar una datación a ambas *orationes*. El cardenal Jean Daniélou, en sus dos estudios sobre la cronología de las obras del Niseno, fue el primero en proponer dos fechas: el 26 de diciembre del 386 para la primera y el 27 de diciembre para la segunda.<sup>10</sup> En la primera, el

<sup>10</sup> Jean Daniélou, “La chronologie des sermons de Grégoire de Nysse”, *Revue de Sciences Religieuses* 29 (1955), pp. 367-368; Jean Daniélou, “La chronologie des oeuvres de Grégoire de Nysse”, en F. L. Cross (ed.), *Papers Presented to the Third International Conference on Patristic Studies Held at Christchurch, Studia Patristica* 7 = TU 92, (Berlin: Akademie-Verlag, 1966), p. 160.

estudioso francés detecta en la invectiva contra los eunomianos, presente en la parte final del discurso, una referencia para superficialmente atribuir el sermón a la fase de la producción literaria nisena posterior al 383. En la segunda, sin embargo, la mención de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan hace afirmar al cardenal francés que el discurso fue leído en ocasión de la fiesta de los santos, el día 27. Por consiguiente, a juzgar por este autor, el único año en el cual el 27 de diciembre acontece un domingo es el 386. Como colofón de su teoría, el autor afirma que en las *Homilias sobre las Bienaventuranzas* se alude a los mártires Pedro, Pablo, Santiago y Esteban, usando, por tanto, su datación, que corresponde a la Cuaresma del 387.<sup>11</sup> El profesor Jean Bernardi, tras analizar los datos previos y proponer a su vez una datación, comparte la propuesta de Daniélou, es decir, en fechar los sermones en ambos días después de Navidad, matizando sin embargo el carácter biográfico del primero y más celebrativo del segundo, puesto que este último celebra mayoritariamente a los apóstoles Pedro, Santiago y Juan en lugar del protomártir.<sup>12</sup>

*El texto*

DE GREGORIO OBISPO DE NISA  
ENCOMIO EN HONOR DEL SANTO PROTOMARTIR ESTEBAN (Ia)

¡Qué hermoso es el séquito de los bienes, qué dulce la prolongación de la alegría! Mirad, recibimos una fiesta a cambio de una fiesta y una gracia por una gracia. Ayer, el Señor del universo nos acogió en su banquete, hoy lo hace el imitador del Señor. ¿Cómo lo hizo pues este y cómo el otro? Aquel asumió la naturaleza humana en nuestro favor, mientras que este la abandonó por Él. Aquel aceptó la cueva de esta vida por nosotros, este la dejó por

---

<sup>11</sup> Jean Daniélou, *La chronologie des sermons*, p. 368; Jean Daniélou, *La chronologie des oeuvres*, p. 160.

<sup>12</sup> Jean Bernardi, *La prédication des Pères Cappadociens. Le prédicateur et son auditoire* (Paris: Publications de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de l'Université de Montpellier 30, 1968), pp. 293-294. El profesor subraya la gran diferencia temática entre el primer encomio dedicado a Esteban y el segundo. En el primero el protomártir es el destinatario del elogio, mientras en el segundo, tras divagar sobre cuestiones ajenas al elogio del santo, Gregorio llega a tejer una verdadera alabanza de los apóstoles Pedro, Santiago y Juan. En su opinión, la asamblea que participaba a la conmemoración del mártir en el cual tuvo lugar el primer discurso —el que puede llamarse más apropiadamente panegírico de Esteban—, fue menos numerosa que la del día siguiente, el 27. Por este motivo, tal vez, el obispo se detiene en el encomio de Esteban en la primera homilía y, posteriormente, cambia radicalmente de tema por falta de argumento para añadir a la misma. Bernardi, por tanto, formula la hipótesis de que el segundo discurso no es un panegírico de Esteban, sino un encomio de los santos del día, el 27 de diciembre, es decir, de Pedro, Santiago y Juan. El diácono se convierte sin embargo en el tópico que sirve de *liaison* entre ambos discursos, elevado por el Niseno al mismo rango que los apóstoles, en plena comunión.

Él. Aquel fue envuelto en pañales por nuestra salvación, este fue apedreado por Él. Aquel destruyó la muerte, este se sometió a la muerte inerte.

Vayamos, pues, hermanos, de la mano del discurso, acudamos al espectáculo, puesto que, en el estadio de la confesión, el gran atleta, tras haberse desnudado, se enfrenta al malvado adversario de la vida humana. En verdad, según las palabras de Pablo, Esteban se ha convertido en “un espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres,” en el primero que ha recibido la corona del martirio, en el primero en haber allanado el camino para el coro de los mártires y en el primero en resistir al pecado hasta la sangre.

Tengo la impresión de que toda la legión celestial, todas las miríadas de los ángeles —tanto los que son ministros y los que son asistentes como, si prestamos atención hacia la alta esfera de los que se distinguen por sus honores, los principados, las potestades, los tronos, las dominaciones, las virtudes y toda la asamblea celestial—, todos ellos disfrutaban del espectáculo de la contienda entre el atleta y su adversario.

Se ha extendido en longitud, como un estadio para los competidores, la vida humana; ambos se lanzan al ataque el uno contra el otro: el terrible enemigo de la vida humana se ha entrenado para ganar contra los hombres desde la caída de nuestros primeros padres hasta los tiempos de Esteban; sin embargo, el gran atleta de la fe ninguna el ataque del enemigo. Ambos se levantaron en armas el uno contra el otro: el descubridor de la muerte blandiendo una amenaza mortal, el discípulo de la vida la confesión de la fe. ¿Quién no podría dejar de admirar esta nueva forma de lucha, cuando la verdad se discernió entre la vida y la muerte y la muerte misma se convirtió en la demostración de la verdad? El heraldo de la vida oculta y desconocida hasta el momento proclamó, pues, de obra, el anuncio a los hombres; para aquellos que juzgan sabiamente, el abandonar resueltamente esta vida era la demostración de que adoptaba una vida preferible en lugar de aquella que abandonaba.

Será beneficioso representar con precisión, a través de esta oración, como si de una pintura se tratara, su certamen, con el fin de revelar paso a paso la disposición precisa de los milagros según el orden consecutivo de los acontecimientos. Pues no hace aún mucho, una ráfaga de viento impetuoso que soplabá desde el cielo, al dispersar toda la fuerza brumosa y engañosa de los demonios, llenó toda la casa de los apóstoles; y, bajo la semblanza de lenguas de fuego, el Espíritu, después de haber repartido la gracia en el número correspondiente a aquellos que la recibieron, habitó en todos ellos. Por el estupor del milagro de la voz y de las lenguas, una sensación de pavor y de confusión se apoderó de aquellos que, procedentes de todas las naciones, habitaban Jerusalén, por el hecho de que todos los que estaban divididos en variadas y diferentes clases de lenguas se convirtieron, todos repentinamente, en hablantes de la misma lengua que los discípulos, cuando, no mediante una preparación o un estudio previo, sino por la inspiración del Espíritu, esta gracia se infundió de pronto a los apóstoles, que así adquirieron el poder del habla.

Convenía, en efecto, que los que había deshecho la lengua común en la construcción de una torre terrestre, regresasen a la misma lengua en la edificación de la morada espiritual de la Iglesia. Y así, desde aquel momento, comienza la maravillosa repartición de la gracia del Espíritu Santo, de manera que se distribuya el beneficio común de los hombres a toda

especie de voz humana, y para que no permanezca la predicación de la fe limitada a una sola lengua y no sea así inaccesible e ineficaz para aquellas personas que hablen lenguas diferentes. Incluso los fariseos no daban crédito a sus propios oídos y tramaron algo para hacer dudar a aquellos asombrados por el hecho milagroso, como si el mosto les hubiera producido esta locura.

Pedro, sin embargo, atrapó con la red de su predicación de un solo golpe a tres mil almas uniéndolas a Cristo, y, a continuación, la Iglesia siguió creciendo en número gracias al incremento de aquellos que habían sido salvados. Para los que se habían salvado, abrió de nuevo la hermosa puerta del templo el hombre tullido de nacimiento, el cual, sentado junto a ella, consiguió traer de la mano a la fe, gracias al milagro de su curación, a aquellos que cojeaban en el alma y, como resultado, mucha gente se congregaba para la predicación de la fe y la necesidad requería una mayor ayuda de ministros que sirvieran a la gracia: en ese instante fue llamado al servicio de los apóstoles Esteban, el cual estaba lleno de sabiduría y gracia por el Espíritu.

Que nadie piense que mediante el apelativo de diácono quiera ponerlo en segunda posición respecto a la dignidad de los apóstoles, puesto que Pablo se dio cuenta de que él mismo era un diácono de los misterios de Cristo, y tampoco el Señor del universo, el cual, al traer la salvación humana asumiendo la naturaleza mediante la carne, no se avergonzó del apelativo de diácono cuando dijo que estaba en medio de ellos como el que sirve y ofreció una diversidad de servicios diaconales, como afirma el apóstol. Así como el fuego, después de haber consumido el material útil, eleva las llamas en lo más alto y las hace brillar de la manera más refulgente, de este modo el Espíritu Santo, siendo parte de la excelencia de Esteban, hizo que los rayos de la gracia fueran más destellantes. Por eso se volvieron hacia él todos aquellos que estaban dotados de conocimiento y formación.

Dispuestos en hileras, aquellos creían superar a los demás, al igual que unas falanges que se apiñaban unas encima de las otras; así, de la misma manera, intentaron lanzar el ataque contra Esteban. Él era, sin embargo, invencible para todos de igual manera, tanto si se unía con muchos o con pocos. Mientras tanto, parecía que alejandrinos, libertinos, cireneos y todos los hombres de todo lugar se hubiesen puesto de acuerdo contra el atleta de la verdad, y se deducía por lo que pasaba que el padre de la mentira estaba también allí presente, y que bajo semblantes humanos se enfrentaba a la verdad contenida en las palabras de Esteban. Sin embargo, la verdad constituía un trofeo en contra de semejante mentira, y su excelencia consiguió maravillosamente vencer a los campeones del engaño.

El ministro de la verdad era acechado por el enemigo de la verdad, que no declaraba la verdadera, sino que creaba una verdad que no lo era. ¿Por qué —le diría yo con ganas al Diablo— preparas esto contra el predicador? Si tienes fuerza, pues, ¡destruye la verdad de Esteban! Pero si esa verdad es más excelsa que tus maquinaciones, ¿por qué planeas el mal contra el vaso de la verdad y quieres que desaparezca el recipiente, dejando incólume al contenido, como hacen los perros, que intentan pillar las piedras que se les tiran sin alcanzar a tocar a aquel que se las tira?

Ya que la mentira fue rebatida gracias a palabras ciertísimas, [el maligno], al no ser capaz de encontrar otro campeón del engaño, mientras todos dirigían su mirada hacia el esclarecimiento de la verdad, pensaba en su propia lucha y, distribuyendo su energía entre los acusadores y los jueces, permaneciendo en ambos, a unos les hacía decir las falsas acusaciones contra él, y a los otros encajar las calumnias con indignación. Al haberse instalado entre los judíos de manera multiforme, asumió todos los papeles contra Esteban: acusador, juez, verdugo, y la restante servidumbre de la muerte, sin tener conocimiento de qué modo perecería tras la sentencia en contra de Esteban. Pues, así como los atletas experimentados en doblegar a sus oponentes más formidables a través de un fuerte entrenamiento consiguen hacerlos caer, así el gran Esteban llevó a cabo la terrible derrota del enemigo mientras yacía postrado en el suelo.

A partir de aquí comenzó, en efecto, el camino de los apóstoles por toda la ecúmene y este fue el comienzo de su predicación evangélica alrededor del mundo. Si mediante su asesinato el pueblo judío no se hubiera enfrentado a los apóstoles, tal vez la gracia del Evangelio se habría limitado únicamente a los habitantes de Jerusalén. Pero, a continuación, perseguidos por los judíos —cada uno por su lado—, se dispersaron por todo el mundo habitado, expulsando por doquier al Diablo a través de la enseñanza de los misterios. De este modo, Samaria recibió la predicación. Así, la salvación del eunuco por obra de Felipe fue un resultado secundario de su viaje; así Pablo se convirtió en un excelso vaso de la elección, armado contra la ira y la amenaza del Diablo, contra cuyas flechas levantó un escudo que superó los confines de la tierra entera para que ningún lugar quedase inaccesible a la fe de Cristo. Como resultado de ello, egipcios, sirios, partos, habitantes de Mesopotamia, [italicos] y gálatas, ilirios y macedonios, así como las naciones de todo el mundo, se apresuraron a aceptar la fe que la predicación extendía en su camino. ¿Ves la destreza atlética de Esteban? ¿Ves que el enemigo recibió tantos golpes a pesar de que se creyera superior a su contrincante mediante sus calumnias?

Pero volvamos de nuevo al estadio. ¿Con qué calumnias los sicofantes consiguen inflamar a la gente? Así dicen: “Este hombre no para de hablar en contra del lugar santo y de la ley; pues le hemos oído decir que Jesús, ese Nazareno, destruirá este lugar y cambiará las costumbres que Moisés nos ha transmitido”. Tal fue la acusación presentada por los oradores. ¿Cuál es la insensatez de lo escuchado? ¿Por qué razón guardan rencor al acusado? ¿Qué maldad han detectado en sus palabras?

Las inculpaciones aducidas en su contra se referían a aquellos acontecimientos que acaecerían más tarde. Afirmaron, de hecho, que él se jactó diciendo que el lugar sería destruido y que las instituciones de Moisés se cambiarían. ¿Por qué hay tanta injusticia en estas palabras, ya sean verdaderas o ya sean falsas? Si son falsas, la aflicción no tendrá lugar, y si es cierto, ¿qué injusticia comete su discurso denunciando de antemano el suceso? Lo que sucede pasaría de cualquier modo, aunque callemos o no. ¿Podía el asesinato de quien los denunciaba previamente impedir estos hechos lamentables? En verdad, Jesús de Nazaret era el acusado, aunque la sentencia se impuso a Esteban.

Pues si el que comete la injusticia es quien mueve a la cólera, la injusticia es el cambio que afecta al lugar santo y a las costumbres, cosas que, como dice el acusador, no las ha cometido Esteban sino Cristo, y por eso el tribunal debía proceder contra el acusado. ¡Oh, qué veredicto injusto para los que están escuchando! Puesto que Jesús, dice, cambiará las leyes, que sea Esteban apedreado. ¿Cómo Jesús podrá destruir la Ley, el que se ajustó tanto a la legislación; el que legisló tantas cosas para consolidar las prescripciones antiguas; el que dijo: “No he venido a abolir la Ley sino a cumplirla”; el que confirmó a los discípulos la ley de “no matarás”, mediante el mandato de que no hay que encolerizarse súbitamente; el que condenó el adulterio que se produce por el mero deseo; el que, según el mandamiento “no te defenderás de aquel que te ha hecho daño”, dispuso ordenar que no se comenzara a levantar las manos injustas en contra de quien había ofendido previamente; el que desterró, por último, la pasión por la codicia mediante el compartir los bienes? ¿Cómo es que estas cosas no fueron recordadas o examinadas en el juicio?

Desearía ahora que el Sanedrín de aquellos jueces manchados de sangre estuviera presente ante mí y saber cuáles son los lugares que provocaban su cólera, ¿y dónde está aquel famoso templo, dónde la cantidad desorbitada de piedras, dónde estaba ese oro que equivalía, prácticamente, a todo el metal necesario para revestir el templo, dónde los sacrificios establecidos por ley, tales como el carnero, la ternera, el cordero, la vaca, la paloma, la tórtola y el macho cabrío expiatorio? Si por esto condenan a muerte a Esteban, para que no llegue a cumplirse ninguno de aquellos funestos presagios, deberían demostrar, a través de ese terrible asesinato, cuantas cosas consiguieron salvar del peligro. Si nada de esto es cierto, que expliquen por qué razón emitieron aquella sentencia, por castigo de qué cosa el asesinato.

Sin embargo, concentrémonos en las luchas que siguieron, en cómo el que estaba cubierto por las piedras, como si fuera nieve, defendía a sus asesinos y qué proyectiles enviaba a su vez hacia aquellos que le arrojaban piedras como dardos. Que aprendan los vástagos judíos qué potencia tienen las armas de los cristianos, sirviéndose de las cuales el gran Esteban se protegió de los ataques de sus perseguidores, y como su trabajo convirtió la Ley en acto mediante su vida.

Por un lado, todos ellos rodeaban de pie al santo en un círculo, con un aspecto feroz y cruelmente rabioso, y todos apuntaban hacia un único objetivo, convirtiendo en un arma contra Esteban todo objeto que les caía entre las manos. Por el otro, él, al igual que un sacerdote, según el rito espiritual, ofrecía en expiación como ofrenda purificadora y entregaba no otro cuerpo, sino el suyo propio, y en lugar de una libación derramaba su propia sangre. Así, por medio de su cuerpo, se sacrificaba a Dios, a Aquel a quien vio en los santuarios celestes y le pidió en favor de aquellos que le golpeaban, recompensando su sed de sangre con una buena acción y gritando en los oídos de sus asesinos: “Señor, no los tengas en cuenta este pecado”. A través de esta oración, él, por su parte, expió el pecado de ellos, pecado que los asesinos habían suscrito con sus manos contrarias a la Ley; pero estos, sin embargo, se indignaron por el rezo y no por eso dejaron antes de lanzarle piedras

hasta que Esteban, como si estuviera sumergido entre flores delicadas y suave rocío, cayó en brazos del dulce y beatísimo sueño.

No obstante, la victoria se anticipó al certamen, y así contemplamos a aquel que ha sido coronado antes de los juegos. Antes de contemplar el combate, su discurso nos llevará hasta el final de los juegos. Creo, en efecto, que no debemos descuidar en este discurso aquellos elementos a partir de los cuales se probó la virtud del mártir. Tal era el tribunal de los asesinos, y así se despertó en todos al mismo nivel el deseo de matar; tal era el consenso en hacer el mal en los reunidos; tal era la mirada de todos, tal la apariencia, tal su rabia que se manifestaba en sus dientes, como la Sagrada Escritura señala: “Sus corazones se consumían de rabia y rechinaban sus dientes”. Él, sin embargo, estando en medio de semejantes individuos y oponiéndose a la fuerza contraria que obraba en sus asesinos, consiguió superar todos estos percances gracias a la nobleza de su raciocinio, oponiendo a su ira la paciencia, a sus amenazas el orgullo, al miedo a la muerte el desprecio por la vida, al odio el amor, a la mala voluntad la benevolencia y a la calumnia la manifestación de la verdad. No solo a través de un único modo el atleta de la verdad demostró ser el ganador, sino que toda forma de maldad obrada por los judíos fue desmenuzada por su polifacética virtud y, tras haber luchado cuerpo a cuerpo contra todas estas acusaciones, se impuso, finalmente, sobre todas ellas.

He oído que, en las competiciones gimnásticas, aquellos que destacan sobre todo en fuerza física a menudo se preparan en el estadio de atletismo para lograr las victorias contra todos sus contendientes. Así fue el que mostró el camino del estadio de los mártires, el cual, resistiendo a toda la fuerza del adversario, resplandece por su victoria contra todos sus enemigos. Él combatió mediante la verdadera sabiduría la falsa sabiduría que lo atacaba, la de los libertinos, los Cireneos y los sabios de la ciudad de Alejandría, el miedo mediante la franqueza, la amenaza mediante el desdén, la cólera mediante la beneficencia, la mentira mediante la verdad.

Ellos, por un lado, meditaban su asesinato, y armaron sus manos con piedras, demostrando manifiestamente su crueldad a través de su mirada, de su respiración y del rechinar de sus dientes; él, por el otro, los miraba como a hermanos y les saludaba cariñosamente como si fueran sus padres diciendo: “Hombres, hermanos y padres, escuchad”. Ellos, por un lado, maquinaron persuasivamente toda clase de calumnias; para él, en cambio, el tribunal de los asesinos fue una escuela de la verdad. No aflojó su discurso por el miedo, ni se quedó inerte ante la expectativa de los peligros inminentes, ni tampoco no contempló la muerte como posibilidad, sino que manteniendo su alma en alto y menospreciando lo que había a sus pies, parecía, mediante su discurso, estar amonestando en vano a jóvenes descerebrados con argumentos que les convencieran de que ellos estaban equivocados sobre las doctrinas de la fe.

Abraham fue citado en este discurso, y su historia entera fue expuesta ante sus miradas en pocas palabras, así como también la sucesión de los santos posteriores: en qué circunstancias Moisés fue parido, fue criado, fue educado, fue iniciado en la montaña, golpeó a los egipcios, salvó a los hijos de Israel y profetizó sobre el misterio del Señor. Lo

que particularmente excitó al Sanedrín y desató su cólera fue el hecho de que Moisés, de quien ellos hacían ver que eran muy devotos, fuera presentado como defensor de la religión (cristiana). Entonces, alzándose en pie por este argumento, llegaron a un límite digno de su propia maldad y del deseo de Esteban.

El, al dejar la naturaleza humana y antes de abandonar el cuerpo, con ojos puros contempló las puertas celestes abiertas y el sagrario del templo resplandeciendo, la revelación de la gloria divina y el resplandor de su gloria. Nadie es capaz de representar mediante un discurso la impronta de la gloria del Padre y el resplandor que se reflejaba en el rostro del atleta contemplado entonces por los hombres, puesto que en la naturaleza humana aquello que se llega a aprehender es aquello que se ve manifiestamente. Así, quien había abandonado la naturaleza humana y había asumido los rasgos de la gracia angélica, resultaba ser una maravilla para sus propios asesinos, pues, cambiando la apariencia de su rostro en la dignidad propia de los ángeles, vio las realidades invisibles y proclamó la gracia que había visto con sus propios ojos. Pero ellos se taparon los oídos y no querían oír su narración de la visión, haciendo exclusivamente aquello que solían hacer bien: el oído de los profanos no era digno de comprender los relatos de la divina visión. Esteban, sin embargo, compartió la gracia con los presentes y presentó su descripción en público, aunque él era el único digno de ella, diciendo: “Contemplo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios”.

Ellos, al contrario, clamando a voz en cuello y tapándose los oídos, se abalanzaron sobre él todos a una. La historia añadió de manera conveniente el clamor a las obras, para mostrar así el parentesco de su acción con la de los sodomitas. De hecho, el crimen de aquellos fue denominado clamor por su juez, es decir: “El clamor de los habitantes de Sodoma y Gomorra ha llegado hasta mí”. Por lo tanto, estos graznaban para que su clamor contra Esteban fuera también escuchado.

El atleta no desconocía el beneficio que le venía proporcionado por la malignidad de sus asesinos. Al ser coronado por el círculo de aquellos que iban a lapidarlo, recibió este hecho como una corona de victoria trenzada por las manos de los enemigos. Por este motivo, él recompensó a los asesinos con una bendición, ya que no consideraba que este acto realizado en su contra le trajera unas consecuencias adversas —a él este acto le aportaba la vida y a sus adversarios la ruina—sino que consideraba más bien que sus enemigos no serían excluidos de aquello de lo que él era digno, puesto que a él le habían causado un bien. De este modo, sabía enfrentarse a sus enemigos aquel que contemplaba a Cristo. Después de que él viera al legislador de la magnanimidad, le vinieron a la memoria las leyes que mandaban amar a nuestros enemigos, hacer el bien a aquellos que nos odian y orar por los enemigos.

Pero el atleta, sin duda, no se celebra con alabanzas humanas. Ni, por supuesto, el objetivo de su lucha miraba por la gloria humana, pero, al superar todas las cosas del mundo entero gracias a la magnificencia de su triunfo, compitió con los parámetros de la potencia humana, dejando tras de sí todo tipo de elogio. Así, pues, que él reciba por un

lado los triunfos de la victoria según los parámetros del elogio humano, mientras nosotros, por el otro, contribuyamos mediante su historia a la salvación de las almas. Pues del mismo modo que, entre los atletas de combate, aquellos que han cesado de luchar entrenan a los jóvenes para las competiciones de atletismo enseñándoles, a través de hábiles maniobras técnicas, a neutralizar los ataques de sus adversarios, así creo que deberíamos ser entrenados por el gran Esteban en la piedad, para que podamos escapar, por medio de su intercesión, de las garras de los adversarios del Espíritu, los pneumatómacos.

Los que se encolerizan a causa de la divinidad del Espíritu Santo sostienen, en efecto, que Esteban es un defensor de su absurda herejía, porque, cuando miró fijamente al cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a su diestra. Sostienen, además, la ruina de las enseñanzas de la fe, es decir, que si el Espíritu se debe de hecho enumerar junto con el Padre y con el Hijo, ¿cómo es posible que Esteban no viera en su visión al Espíritu junto con el Hijo? ¿Cómo Esteban prestará ayuda a los que se dejan engañar a través de esas palabras? ¿Cómo levantará de nuevo a aquellos que se arrodillan delante de un simple artificio retórico? De aquí, ciertamente, viene la ayuda que derrota la malignidad del enemigo.

¿Qué buscas pues, ¡oh pneumatómaco!? ¿Cuándo se ha visto claramente la gloria del Padre y al Hijo que está de pie a su diestra? ¿Dónde crees que está el Espíritu? Si el Espíritu estuviera presente en ti, no lo omitirías en tu precedente discurso, como los ciegos que no se dan cuenta del oro que se encuentra ante sus pies. En cualquier caso, escucha, pues, si no quieres taparte los oídos como hacen los judíos.

¿Cómo vio Esteban la gloria hipercelestial? ¿Quién le abrió las puertas del cielo? ¿Acaso fue el resultado de la fuerza humana? ¿Acaso uno de los ángeles elevó hasta la sublimidad la naturaleza humana que yace en el suelo? ¡Esto no es así! La historia sobre él no cuenta que Esteban, estando en pleno vigor y lleno de ayuda angélica, vio aquello que vio. ¿Pero, qué cuenta la historia? “Esteban, lleno del Espíritu Santo, vio la gloria de Dios y a su Hijo unigénito”. No es posible, como dice el profeta, que la luz sea vista a menos que no esté reflejada en la luz: “En tu luz veremos la luz”. (No es posible que la contemplación de la luz no se encuentre en esta misma luz: ¿cómo es posible que alguien pueda ver el sol sin ver sus rayos?). Dado que, en la luz del Padre, es decir, en el Espíritu Santo que procede de Él, se refleja la luz unigénita, Esteban, por consiguiente, iluminado previamente por la gloria del Espíritu, alcanzó la comprensión de la gloria del Padre y del Hijo.

¿Pero podremos reconocer que el Evangelio dice la verdad al afirmar que “ningún hombre ha visto jamás a Dios”? ¿Cómo el apóstol podrá proclamar lo contrario de aquello que se nos ha explicado, cuando afirma: “Ningún hombre lo ha visto ni lo puede ver”? Pues si la gloria del Padre y del Hijo fuera inteligible para la naturaleza y la fuerza humana, estaría rotundamente afirmando algo falso aquel que ha proclamado que para los hombres la visión divina es ininteligible. Sin embargo, el apóstol no miente y la historia, sin lugar a duda, dice la verdad.

Así, pues, se ha puesto claramente de manifiesto la malignidad de los pneumatómacos, puesto que está atestiguado por la Escritura que lo mismo se puede ver a través de lo

mismo. Esteban contempla el espectáculo divino sin permanecer en la naturaleza y en la potencia humana, sino más bien está unido a la gracia del Espíritu Santo, y elevado por Él con el fin de comprender a Dios. Por lo tanto, si no es posible ver a Jesús el Señor sin el Espíritu, como dice el apóstol, ni contemplar la gloria del Padre, queda probado claramente, que, allí, donde está el Espíritu, allí se ve al Hijo y se comprende la gloria del Padre.

Sin embargo, se nos presenta por delante otro ataque de la impiedad, que proviene de los escritos de los cristómacos (los adversarios de Cristo). Ellos afirman que la imperfección del Unigénito se muestra de esta manera: el hecho de que el Hijo esté en pie junto a la gloria del Padre lo utilizan como prueba de que está sometido a la autoridad del Padre. ¿Qué pasa, pues, con Pablo, les diría yo? Y antes de él, ¿qué pasa con el profeta David, ya que ambos han explicado, mediante la exposición del magisterio del Espíritu, la gloria del Unigénito? David afirma: “Dijo el Señor a mi Señor: «siéntate a mi diestra»”. El apóstol dice que el Señor está sentado a la diestra del trono de Dios. Si bien el estar de pie es símbolo de inferioridad, el estar sentado es, ciertamente, signo de igualdad de honor; así pues, que añadan también los magníficos testimonios, a través de los cuales se pone de manifiesto el sumo valor de su dignidad, o que la acepten piadosamente.

La misma maestra, es decir, la gracia del Espíritu está detrás de cada una de estas enseñanzas. Esteban, estando lleno del Espíritu Santo, vio aquello que vio y proclamó aquello que vio. David lo denomina “Señor en el Espíritu”, como dice el Evangelio; Pablo en persona afirma: “Dice en el Espíritu los misterios”. Por lo tanto, si hay un único maestro, el cual no tiene ninguna contradicción respecto de sí mismo, y si el maestro es el Espíritu de la verdad, el cual está presente en aquellos que están inspirados por Dios, entonces, ¿cómo puede alguien manifestar alguna discordancia con los dogmas?

Pero ellos afirman que el estar sentado tiene un significado, y el estar de pie otro, según es fácil de comprender. Yo también lo digo. Pero, lo que indica sobre los cuerpos el significado de las palabras, no está claro que quiera decir lo mismo respecto a la naturaleza incorpórea. En lo que respecta al hombre, pues, el asiento quiere significar la posición del cuerpo sobre la cadera, para que la presión del cuerpo no canse mínimamente a la corva, que mantiene a su vez el peso del cuerpo. En sentido opuesto, la posición vertical estática sobre las rodillas indica al hombre que no descansa sobre sus caderas cuando está sentado en una silla. Pero cuando se trata de la naturaleza trascendente, el estar sentado y el estar de pie no tienen cabida en estos parámetros, ya que tanto el uno como el otro, por un igual, están separados semánticamente de aquella representación. Pues nosotros, de hecho, ni permaneceremos en posición erguida sobre la corva de la naturaleza incorpórea ni adoptaremos la posición de estar sentados sobre las caderas de aquello que carece de forma, sino que, a través de ambas definiciones, únicamente queremos decir que es piadoso el hecho de estar inmóvil en todo lo que es bueno y también inmutable en todo aspecto. El que dice que lo divino está en pie y el que dice que Dios está sentado, ambos no difieren el uno del otro en absoluto respecto del sentido, a pesar de la diferencia léxica, puesto que

creen firmemente el uno que Dios está firmemente de pie, y el otro que está sentado sin inmutarse en el bien.

Tanto el profeta David como el apóstol Pablo, al mencionar ambos el trono del Unigénito en sus discursos, no daban a entender que, mientras el Padre estaba de pie, el Hijo estaba sentado en el trono, sino que hablaban únicamente del hecho de que el Hijo estuviera sentado; de la misma manera, alguien que escuchara decir a Esteban que el Hijo estaba de pie al lado del Padre, no debería deducir de ello que el Padre estuviera sentado. Pues, así como se confirma, por Pablo y David, que el Padre se sienta gracias al “sentarse del Hijo a su derecha”, aunque el discurso no diga nada sobre el trono del Padre, de la misma manera, en la visión de Esteban el estar de pie del Hijo (al lado del Padre), confirma lo mismo respecto a la gloria del Padre. De igual modo, pues, si se mantiene el argumento de la imagen, todo lo que está precisamente presente en ello y comprendido y contemplado, todo esto debería creerse que está presente en el arquetipo. Pues, así como en el bien está inscrito el bien y en la luz la luz y la belleza primigenia en todo mediante las propiedades en la imagen, así el trono del Padre, es decir, lo que este nombre da a entender, está comprendido en el trono del Hijo, y estar de pie en el estar de pie, así que no se destruye el sentido de la imagen, aunque se haya variado en el cambio de las propiedades del arquetipo.

Debemos contemplar estas cosas, hermanos, como una observación preliminar, induciéndonos la visión de Esteban a tal contemplación mediante la palabra. Dios quiera que seamos no solo espectadores del certamen de Esteban, sino que, al estar llenos del Espíritu Santo, por la erradicación de los adversarios, seamos partícipes de la gracia, por la gloria de nuestro Señor Jesucristo a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.

**Resumen:** La tradición hagiográfica transmitida e impulsada a partir del texto de los Hechos de los Apóstoles sobre el primer *héroe* del cristianismo primitivo, el protomártir Esteban, encuentra, en uno de los dos βασιλικοί λόγοι de Gregorio de Nisa (Gr. Nyss., *Steph.* I, ed. O Lendle, 1990, 97,4 - 105,21), una de sus más brillantes representaciones literarias. La hagiografía del encomiado se desarrolla siguiendo las normas del discurso imperial, teorizado en los dos tratados “Sobre los géneros epidícticos” atribuidos a Menandro el Rétor, en los cuales se hace hincapié en los τόποι ἐγκωμιαστικοί respecto al panegírico del

**Abstract:** The hagiographic tradition transmitted and promoted from the text of the Acts of the Apostles on the first *hero* of the Early Christianity, the protomartyr Stephen, finds, in one of the two βασιλικοί λόγοι of Gregory of Nyssa (Gr. Nyss., *Steph.* I, ed. O Lendle, 1990, 97,4 - 105,21), one of his most brilliant literary representations. The hagiography of the eulogized character is developed following the rules of imperial discourse, theorized in the two treatises on the epidictic oratory, attributed to Menander the Rhetor, in which special emphasis is placed on the τόποι ἐγκωμιαστικοί with respect to the eulogy of the praised character.

personaje alabado. En la primera traducción al castellano, que presentamos a continuación, se pone un particular énfasis en esta innovación: el obispo de Nisa consigue transformar el relato neotestamentario en un discurso de fuertes matices propagandísticos, en el cual los aspectos más corrientes del personaje (patria, educación, actos) se convierten en virtudes y gestas de un arquetipo cristiano a seguir.

**Palabras clave:** Esteban protomártir, Gregorio de Nisa, βασιλικὸς λόγος, hagiografía, traducción.

In the first translation into Spanish, which we hereby present, a particular emphasis is placed on this innovation: the bishop of Nyssa manages to transform the New Testament account into a discourse with strong propaganda nuances, in which the most common aspects of the character (homeland, education, acts) become virtues and deeds of a Christian archetype to follow.

**Keywords:** Stephen the Protomartyr, Gregory of Nyssa, βασιλικὸς λόγος, hagiography, translation.